

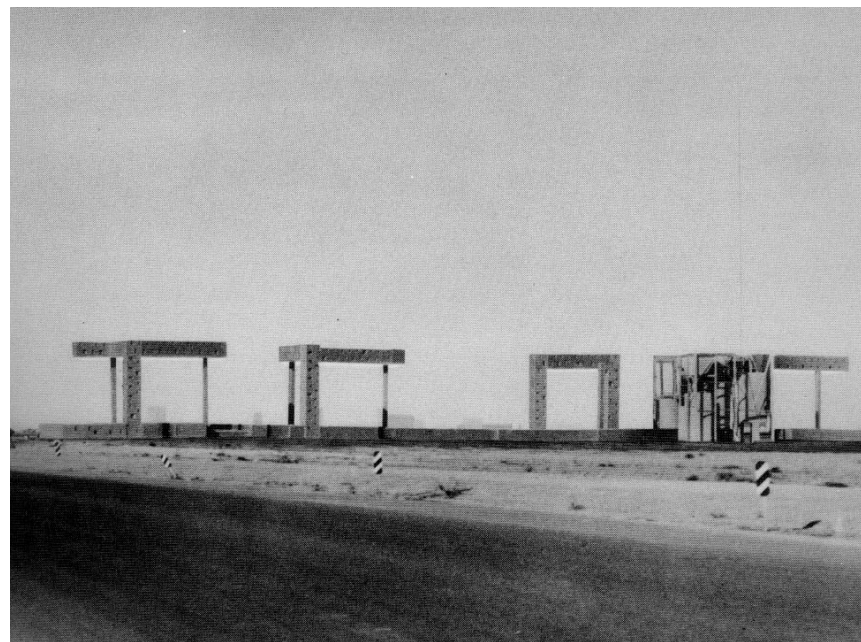
Steven Holl. "Ebcenix. Spatial Retaining Ears".

2001. 83
EL CORAZÓN DEL TIEMPO

CIRCO

DESBORDES URBANOS.

DANIEL ZARZA.



El presente texto recoge una conferencia impartida en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Valencia, el 12 de diciembre de 1999.

morfologías preindustriales e industriales en nuestras ciudades y valiosos restos de paisaje rural, sigue siendo patente creando verdaderos bordes urbanos. Muchas ciudades mediterráneas, como Valencia o Granada, están enclavadas en ricas vegas agrícolas, hoy en declive, pero que mantienen todavía una fuerte identidad formal, que es necesario preservar como patrimonio cultural, frente a ese modelo nuclear ya superado, de la ciudad industrial del vulgar y especulativo planeamiento municipalista ortodoxo, que sigue siendo aplicado aquí tardíamente parasitando los núcleos rurales comarcales y agotando los vacíos. Los proyectos realizados en el borde de Orcasitas, abriéndose al parque de Pradolongo, como resto de un antiguo anillo verde, o los de Granada limitando su desarrollo a la Vega y Sevilla conservando el Guadalquivir a su paso son respuestas no siempre atendidas de atención a estos problemas.

¿Es posible entonces seguir proyectando bordes? Este parece ser el reto al que se están enfrentando hoy tantos nuevos proyectos de arquitectura fuertemente publicitada, de rebuscada complejidad formal, hoy resoluble con sofisticada tecnología informática, pero que en todo caso deberían ser diseñados, no como soluciones generalizables, sino atendiendo a cada caso particular y situación individualizada, que permita encontrar sus intrínsecas formas, recurriendo a todo el arsenal imaginativo de la nueva arquitectura y presente renovación geométrica.

Quizás la palabra que debemos empezar a utilizar en el futuro después de la de borde, filo, fleco o "slurb" sea la de horizonte, del griego "horizo", que como acción de delimitar, contiene también las ideas de orientación y esperanza como línea entre cielo y tierra.

0

"El borde de la ciudad es una región filosófica donde se superponen paisaje natural y urbano, coexistiendo sin elección ni expectativas. Estas zonas llaman a visiones y proyectos que definan una nueva frontera entre lo urbano y lo rural".

"Edge of a city", Steven Holl, 1991.

Cuando Steven Holl, reclama a los arquitectos, su responsabilidad en el diseño de la ciudad contemporánea con su: "Debemos abordar investigaciones y proyectos con escala de ciudad. Los pobres resultados obtenidos por las intervenciones físicas, resultado de los cada vez más complicados procesos burocráticos, se nos presentan sin responsabilidad en lo formal y en lo cualitativo. Si los especuladores y las administraciones urbanísticas no están proporcionando ninguna imagen de futuro para la ciudad, estas visiones tendrán que ser tarde o temprano confrontadas..." y

1

10

unas ciertas reglas de permanencia y de ordenación del espacio urbano y rural, y unas densidades que lo hagan posible como geometría en red y mosaico, como ordenaciones basadas en tipos de elementos morfológicos como la parcelación, urbanización y edificación. Porque existe todavía una relación evidente entre las organizaciones formales territoriales y urbanas, aunque en estos momentos el contraste entre ciudad y campo parezca haberse roto en un híbrido amorfo.

La ciudad, en su imparable crecimiento, fagocita los últimos elementos naturales, los transforma y los convierte en elementos urbanos singulares. Ello parece permitir crear estables bordes interiores, que se abren a esos parques, espacios abiertos y vacíos que en una visión dinámica-sintética se convierten en la contemporánea identidad e imagen renovada de la ciudad.

Se trata de una re-vuelta a la naturaleza, un "terrain vague", pero con un conocimiento acumulado y producto del rechazo de un desarrollo agresivo, que casi ha llegado a agotar el recurso con intervenciones físicas que producen máximo efecto y sensibilidad en el paisaje, con el mínimo gasto de energía y que parecen estar vinculadas a esa cultura de percepción del territorio y del lugar que tiene mucho que ver con el "land art". Es posible que éstos sean los últimos bordes urbanos ahora que los más fuertes parecen ser las fronteras entre el desarrollo y el subdesarrollo de un mismo global mundo de multinacionales difuminadas en arquitecturas de fachadas de reflectante cristal.

La propuesta de May para Romerstadt, felizmente realizada, en el borde de Frankfurt en el valle del Nida y antigua frontera romana es un seminal precedente de estos urbanos bordes interiores. En el incipiente desarrollo postindustrial español, la vigencia de las

respondiendo a su propia llamada, recopila en su conocida exposición "Edge of a City", sus proyectos para los bordes de Milán, Cleveland, Fenix, Manhattan, Dallas -Fort Worth- y Fukuoka, está siendo profesionalmente coherente con su responsabilidad social como arquitecto.

Pero los bordes urbanos resultan hoy cada vez más difícilmente abordables, por la contemporánea complejidad urbana. Su geométrica ambigüedad parece desbordar, más que delimitar o definir, las cuestiones que aquí pretendo clarificar. Los proyectos de Holl, bien montados, entre la utopía y la dura realidad de las ciudades y los sitios concretos, entre la visión actual y un más cercano futuro, confrontan con fuerza la falta de imaginación de la construcción de la ciudad contemporánea, abandonada a los operadores inmobiliarios y políticos, totalmente desinteresados en las cuestiones formales y espaciales, pero no parecen superar la nostalgia de un urbanismo arcaico o la manejable escala arquitectónica o la elegancia del buen diseño urbano americano. Aceptando el riesgo de perder, ha hecho una entrada en el difícil territorio del urbanismo, dice Stan Allen. Urbanismo que hoy parece desaparecido en los difusos bordes de una profesión cada vez más inútil socialmente y sin nada que decir, salvo participar en la fiesta de los empresarios.

Arriesgando desbordar las brillantes copas de champán, de la presente fiesta, respondo responsable, con una modesta reflexión urbanística sobre el sabroso tema del borde, a la llamada de Holl, ahora que nos hemos quedado en un mundo sin urbanismo solo con arquitectura, cada vez más arquitectura, como dijo Koolhaas, o con urbanistas simplemente sostenibles o medianamente soportables.

"Las afueras son el estado de excepción de la ciudad, el terreno en que ininterrumpidamente se desencadena la batalla que decide entre la ciudad y el campo. Es la lucha cuerpo a cuerpo de los postes de teléfono contra las pitas, de los alambres contra las puntiagudas palmeras, de los vapores de fétidos pasillos contra la sombra húmeda de los plátanos, que proliferan en las plazas".

"Über Haschich", Walter Benjamín, 1930.

La palabra borde tiene su origen en el termino marítimo francés, "bord". En castellano, comienza a utilizarse cuando el arte de la navegación adquiere su culminación con el descubrimiento del Nuevo Mundo.

Valencia y Sevilla aparecen como barcos flotando en sus ricas vegas y huertas del paisaje español, en las vistas de ciudades de Hoefnagel y de Wyngaerde, luego grabados de Braun y Hogenberg, para el "Civitates Orbis Terrarum" el atlas con el que Felipe II pretendía conocer las ciudades de su vasto imperio. Es una ciudad abarcable con un solo golpe de vista, de definida geometría euclídea, bien delimitada como un sólido compacto, de liso perímetro, contrapuesta al campo circundante.

El borde de las ciudades preindustriales se proyectaba como muralla. Un recinto de mínimo y económico perímetro, conformado como anillo, contorno, ruedo o glacis. Bien cerrado salvo en las limitadas puertas, que resuelven el necesario intercambio entre la economía agraria y ganadera rural exterior y el poder político-religioso y mercantil urbano interior. Es la circunferencia y la cruz, cruce de caminos del primer centro, mercado o santuario, como primer pictograma estructural sintético de la ciudad.

Ya sabemos desde las nuevas aproximaciones geométricas que los bordes no pueden entenderse ni como perímetros ni como superficies, sino, como muy sabiamente escribió Mandelbrot, en su seminal artículo "Cuanto mide la costa de Bretaña", como franjas o anillos, fractales, entre la unidimensionalidad de las líneas y la bidimensionalidad de las superficies. Su medida depende de la escala, según sea recorrida por un hombre andando cada vez más cerca de la costa. "Después de esto se sustituye al hombre, por un ratón, después por una mosca, y así sucesivamente".

Otro fractal, que antes fue figura paradójica o monstruo, sugeridora de la nueva geometría de los bordes es la bautizada como "polvo de Cantor", que Mandelbrot para su mejor visualización, convierte en "barra" y que se aproxima a la representación de un borde que termina pulverizándose o al gradiente de transición entre dos densidades o territorios.

La rugosidad, plegamiento intrínseco o dispersión de los nuevos bordes, es una muestra de su aptitud para el intercambio y transición entre los territorios que limita, permitiendo que ambos participen en esa zona intermedia, y para que la inestabilidad y fuertes dinámicas de cambio, no la hagan perder su identidad formal, por la auto similitud u homotecia interna entre todas las escalas.

Los bordes son envolturas abiertas o cerradas, lugares de transición y tensión entre lo nuevo y lo viejo entre lo estable y lo dinámico y deben ser construidos a muchas escalas, desde las territoriales a las urbanísticas, desde las arquitectónicas a las de las piezas, edificaciones, habitaciones, parcelas y caminos. Desde las fronteras a las aceras y bordillos, desde las alineaciones y fachadas a las playas. Pero siempre manteniendo

"La fascinación por los bordes está en su ambivalente y simultaneo papel de división y conexión. Los bordes marcan la transición entre diferentes formas de existencia. Transmiten y controlan el intercambio entre los distintos territorios. Son el campo de juegos de los descubrimientos y de las conquistas. Como resultado de competencias inacabadas, muestran su estructura a muchas escalas".

"Fractal Cities", Batty y Longley, 1994.

¿Cómo enfrentarnos a la llamada de Steven Holl entonces? ¿Estamos quizás abordando una demanda arcaica y superada, como Peter Hall dice, nos pasa a los urbanistas que siempre estamos dando respuesta a los problemas, cuando estos ya han pasado?

El urbanismo ortodoxo, tradicionalmente, ha visto el borde "de dentro a afuera", introvertidamente, de figura sobre fondo, al ocupar la ciudad el territorio circundante como una mancha, como suelos urbanizables sobre no urbanos. El nuevo urbanismo parece intentar dar respuesta a los retos urbanos contemporáneos, desde un reconocimiento espacial exógeno, "de afuera a dentro", de la escala regional y ordenación del territorio y ahora de la valoración del paisaje natural y rural, frente a tanto medioambientalismo fundamentalista ecologista imperante.

Sin embargo, esto no parece dar solución a cómo se interviene físicamente en los bordes postindustriales. Los bordes ofrecen a las ciudades su identidad y singularidad, y en muchas, estos están siendo perdidos por el amorfo y privatizado desarrollo de las ciudades actuales.

Este preciso y seguro borde, comienza a quebrarse ordenadamente en las rigurosas geometrías de formas estrelladas y cristalinos copos de nieve de las ciudades renacentistas y barrocas, cuando las nuevas armas pliegan en afilados ángulos, las antiguas murallas.

Tras la inestabilidad guerrera, aparecen los suaves bordes de las ciudades cortesanas, integrando en sus barrocas geometrías, el lleno de los palacios y el vacío de los parques, en imaginativas formas cóncavo-convexas bien articuladas a la naturaleza. Es en Bath, la ciudad balneario de los sofisticados bordes de los "crescents", donde esto se hace evidente en el inteligente proyecto de los Woods, padre e hijo.

Destruídas las murallas de los antiguos cascos, símbolos ahora de opresión, los bordes, se materializan en ajardinados anillos, vacíos como rondas y "rings", estabilizando la huella del paso de la ciudad antigua a los nuevos ensanches decimonónicos, ya en los umbrales de periodo industrial.

A partir de este momento con el desarrollo industrial de las ciudades, aparece un nuevo borde, cortante, como dinámica orilla suburbial que se rompe en piezas fracturadas en una periferia peduncular por desarrollo especulativo a lo largo de los caminos radiales. Es un afilado canto o filo que es racionalizado en los modelos urbanos de la gran ciudad radial germana (Baumeister, Eberstadt) o en los nucleares ingleses (Howard), incorporando la buscada estabilidad de la forma y desarrollo urbano, ahora en el control de los vacíos, difícilmente materializados en cuñas y anillos verdes.

"La belleza de Nueva York no tiene que ver con lo urbano, una vez abandonadas nuestras preconcepciones, sino con el hecho que traspasa la ciudad para convertirse en un paisaje artificial en donde los principios del urbanismo dejan de operar y en donde los valores más significativos son la cualidad de la luz aterciopelada, las afiladas líneas distantes, los terribles precipicios entre los rascacielos y las largas sombras en los valles de sus calles, alfombradas por los colores multicolores de sus coches como flores rodantes".

"Tristes Trópicos", C. Levi-Strauss, 1955.

Hoy con el desarrollo postindustrial de las ciudades ya no nos encontramos frente a extendidos pero todavía cerrados, filamentos. Como en muchas ciudades del tercer mundo, hoy con las mayores tasas de crecimiento urbano en términos cuantitativos, que explotan en múltiples flecos, repitiendo arcaicos modelos industriales, pero de aceleradísima dinámica.

Estamos ante una "ciudad global", ciudad desparramada o desbordada, extensiva y dispersa. Una ciudad de infinitos suburbios pegajosos que crecen como un moho maligno destruyendo y ahogando la vieja ciudad. Suburbios que el certero artista del "land art" Smithson, llama con el fonético nombre de "slurbs" que puede traducirse como escupitajo o mancha ensuciando con rapidez el idílico paisaje rural. La mundial metrópoli de Nueva York es un claro ejemplo de un lugar donde se superan todos los límites y

se da una conurbación suburbana megapolitana, que abarca estados, multiplicadas ciudades y competitivos municipios. Ya no hay bordes, y si los hay, están abiertos y rotos, difuminados en gradientes. Entonces, el espacio resultante es una extensa trama urbanística de infinitas estructuras de redes de comunicación y urbanización muy complejas que sin límites y sin fronteras parecen extenderse sin atender a costes ni geografías.

Aparece la necesidad de saltar de escala, por las dimensiones del problema, relacionar lo grande con lo pequeño, lo pequeño con lo grande, las partes con el todo, el todo con las partes y esto significa un gigantesco esfuerzo para adaptarse a las nuevas necesidades de ordenación de las ciudades.

En un popular libro, titulado "Edge Cities", Joel Garreau, plantea desde la visión sociológica y antropológica del mejor periodismo de investigación norteamericano, que la vida urbana, está hoy en la nueva frontera de las ciudades borde (edge cities) y describe los nuevos centros, usos y formas de vida en los informes territorios de Nueva Jersey, Atlanta, Fenix, California o los cada vez más distantes bordes de los viejos Nueva York, Boston, Detroit, San Francisco o Washington.

Y el borde se escapa, y nos quedamos sin las capacidades de respuesta de nuestra disciplina, porque las herramientas tradicionales del urbanismo ortodoxo ya no dan solución a las nuevas realidades de este urbanismo contemporáneo.